

LA FORMACIÓN HOY EN LA INTERCULTURALIDAD¹

Paola Magna²

La integración como forma de vida y formación.

La integración humana/espiritual afecta al estilo de vida y a la formación, en cualquier cultura y parte del mundo.

Este enfoque evita caer en el espiritualismo o el psicologismo, posturas parciales que sólo consideran uno de los dos aspectos y que se han ido mostrando a lo largo de la historia de la Iglesia como ineficaces y fuente de múltiples problemas.

La lógica de la Encarnación es el fundamento profundo de un enfoque de integración: Dios eligió hacerse hombre y desde entonces no se puede separar el aspecto espiritual/religioso del aspecto humano/psicológico. Para ser más exactos: lo auténticamente espiritual también incluye e integra lo humano.

A veces, para simplificar, se tiende a dividir, a separar, pensando que así se afronta mejor la realidad, la vida, especialmente las dificultades y los problemas... Así que, históricamente, incluso en la Iglesia, se ha separado lo espiritual de lo humano. Particularmente en la vida religiosa, y por tanto en la formación, se ha vivido el espiritualismo, apoyado en una visión teológica que concebía la Gracia de Dios como la única artífice sobre una naturaleza humana pasiva y negativa... Con el desarrollo de las ciencias humanas, se ha producido una revolución en el mismo enfoque de la realidad, por consiguiente también de la fe, de la relación de la persona con Dios.

Para formar a los jóvenes en la libertad de asumir los compromisos del seguimiento, es esencial ayudarles a integrar los diferentes aspectos de su persona y de su vida. Cada uno de ellos es, en efecto, un maravilloso entretreído humano-espiritual. Entre los aspectos a integrar hoy, es necesario el de la cultura, la propia y la de los demás.

1 MAGNA, Paola, “*La Formazione oggi nell'Interculturalità*” en Tredimensioni 14 (2017), pp. 31-40. Traducción: Mercedes De La Torre (2024) para Encuentros Formativos MFVE.

2 Guía de espiritualidad ignaciana; psicóloga y psicoterapeuta (Turín); docente en el Instituto Superior para Formadores.

Algunos aspectos importantes a integrar hoy

- Las motivaciones vocacionales, con sus aspectos de ambivalencia. Orientación hacia los valores y adecuada relación entre los roles y los valores; discernir la motivación predominante de las propias acciones; centralidad de la persona de Jesucristo.
- La feminidad/masculinidad: conocer algunas características psicológicas típicas de la mujer y del hombre; sentirse llamado a manifestar la maternidad o la paternidad de Dios; saber establecer relaciones maduras de reciprocidad entre hombres y mujeres (todo esto en el contexto de la cultura de «género»...).
- Las crisis y los conflictos: las crisis como oportunidades de crecimiento personal y comunitario, reconocer y aceptar las diferentes etapas de la vida religiosa, pasajes que inevitablemente implican crisis y conflictos (cfr. alto ideale iniziale, delusione, «seconda chiamata»...).
- La autonomía y la dependencia: en el tránsito necesario de la dependencia inmadura y la autonomía defensiva a la dependencia por elección y una autonomía madura, fundamentales para saber amar.

Significado de la cultura

En la *Gaudium et spes* leemos: "La cultura debe aspirar a la perfección integral de la persona humana, al bien de la comunidad y de toda la sociedad humana. Por tanto, es necesario cultivar el espíritu de tal modo que se desarrollen las facultades de admiración, de intuición y de contemplación, y se llegue a ser capaz de formarse un juicio personal y de cultivar el sentido religioso, moral y social"³.

Podemos definir la cultura como esa serie de respuestas que un pueblo determinado da a los problemas y a las preguntas del vivir, es decir, las que se refieren a la gestión de todos los aspectos de la vida (la necesidad de sobrevivir, de defenderse, de relacionarse, de producir; la necesidad de sentido, de afecto y de trascendencia...).

La elaboración de las respuestas también dependerá del entorno en el que viva ese pueblo (cf. la variedad de vocablos con los que los esquimales describen la nieve). La elaboración evoluciona: es la dimensión dinámica de las culturas.

Una posición excesivamente simplista hará que la gente perciba la diversidad de culturas como un simple hecho de alimentación, vestido y tipo de construcción... y propondrá la solución simplista del diálogo espontáneo e incurioso. Por otro lado, una postura demasiado rígida, que considera que casi todo es cultural, creará compartimentos infranqueables, como si cada cultura

³ Concilio Ecueménico Vaticano II. *Gaudium et spes*. Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo contemporáneo (1965), n. 59.

fuera un mundo rodeado de alambre de espino, que hay que respetar, pero siempre tan diferente que no permite una verdadera comunicación. «La cultura verdadera es un ámbito que nos permite amar al prójimo. No es posible ningún reconocimiento integral del otro si no hay también una implicación cultural, un amor cultural. La culminación del amor cultural es morir a la propia expresión cultural por amor al prójimo, pasar también el propio tejido cultural con Cristo en Pascua»⁴.

La formación inicial en la interculturalidad

La globalización cada vez mayor en nuestra sociedad exige que todos los institutos religiosos y los candidatos a la vida religiosa, en particular, estén dispuestos a encontrarse con la diversidad y la pluralidad, características del actual contexto social. Los formadores y las formadoras deben hacer que la formación y las culturas interactúen eficazmente.

Para los que comienzan, se trata de poner en marcha una formación adecuada a los tiempos, que permita crecer la capacidad de vivir en un contexto intercultural (formación a la interculturalidad)⁵.

En el caso de los religiosos y religiosas que entraron en el pasado, cuando el Instituto era todo italiano o de una sola cultura, se trata de organizar encuentros específicos de formación permanente, ya que el riesgo es el de la prevalencia de la cultura del país donde nació el Instituto, junto con el de seguir pensando que el propio enfoque cultural de la realidad "es el mejor".

Rupnik esboza algunos criterios de evaluación: uno de ellos es "la cultura del reconocimiento (convivencia multicultural, multiétnica, multirracial)". Afirma: «la persona espiritual insta a los demás la misma actitud de atención interior que tiene hacia el Espíritu Santo. Esto supone atención, reconocimiento y tener en cuenta al otro. Y todo esto se realiza en la comunicación [...] Una persona espiritual está en continuo diálogo cultural, sabe que ninguna cultura es absoluta en su manifestación concreta e histórica, sabe que el único absoluto de la cultura está representado por los valores y por los significados expresados en el reconocimiento del otro y en la búsqueda de la comunicación»⁶.

El meollo de la cuestión es saber entrar en relación: según el modelo trinitario, la llamada a la relación es imprescindible para la vida consagrada en el corazón de la Iglesia, que en su conjunto es precisamente este pueblo llamado a la relación, un pueblo despertado a una vida nueva, vida con Dios y de Dios.

La forma en la que nos relacionamos con otras personas depende en gran medida de las características personales de cada uno, de las experiencias que hemos vivido en nuestro pasado, de las posturas que hemos ido eligiendo ante la realidad y también de la cultura y el contexto social en el que estamos insertos. Además, la propia vida comunitaria religiosa ha cambiado mucho hoy: con el paso de los años, el aspecto relacional ha adquirido una importancia creciente,

4 RUPNIK, M., "Nel fuoco del roseto ardente", Ed. Lipa, Roma 1996, p. 67.

5 MERANDI, T.E., "L'antropologia della vocazione cristiana alla prova delle culture: l'esperienza di una formatrice", en MANENTI, A. - GUARINELLI, S. - ZOLLNER, H. (editor), Persona e Formazione, EDB, Bologna 2007, pp. 339-414.

6 RUPNIK, M., Nel fuoco del roseto ardente, cit., pp. 66-69.

abriendo nuevos horizontes de intercambios interpersonales y de enriquecimiento mutuo, pero planteando al mismo tiempo nuevos e innumerables problemas relacionales, incluidas las dificultades asociadas a la convivencia en un Instituto y en sus comunidades entre religiosas y religiosos de edades diferentes.

Para que nuestras relaciones sean positivas y satisfactorias, es necesario saber vivir tres aspectos, que son, por tanto, importantes para el camino de la primera formación:

- *La soledad del corazón.* Se trata de una característica interior que no depende del aislamiento físico. Es esa soledad profunda, existencial, que está presente en todo ser humano: nada ni nadie podrá nunca saciar un vacío que sentimos dentro... Para nosotros, es un signo de que nuestro corazón está hecho para el infinito, como bien expresa san Agustín: "¡Nuestro corazón está inquieto y no encuentra paz hasta que descansa en Ti!". Thomas Merton decía: "En cuanto estás realmente solo, estás con Dios". Nuestro deseo de relación sólo se cumple cuando hemos aceptado la inevitable soledad existencial que llevamos dentro. Este es un aspecto que hay que cuidar mucho en la formación y necesita tiempo, ejercicio en la vida cotidiana.
- Un *prejuicio favorable*, esencial siempre, pero sobre todo para la relación entre religiosas y religiosos de diferentes culturas y diferentes generaciones, tanto mayores como jóvenes.
- * *La integración gradual*, día a día, de lo negativo y del límite, ayuda a aceptar un poco más el límite y el sufrimiento propio y ajeno, teniendo la mirada fija en Jesús en la cruz.

Nuestra atención debe dirigirse entonces a la distinción entre los valores que se proclaman y los que se viven concretamente en las pequeñas cosas de la vida cotidiana. Durante el acompañamiento personal de la primera formación, es posible ayudar a la persona en formación a descubrir estos aspectos en su vida concreta.

La diversidad cultural en el interior de una misma Congregación⁷

Un conocido refrán dice: «Cada persona es, desde cierto punto de vista, como todos los demás, como algunos otros, como nadie». Encontramos aquí el elemento universal de la naturaleza, el factor cultural y el de la unicidad de cada persona humana.

Las preguntas de la vida pertenecen a la humanidad común, transcultural y trans-espacial, sin embargo las respuestas a éstas se elaboran en un contexto

⁷ Cfr. TRIPANI G., *Formazione e culture. Come tutti, come qualcuno, come nessuno*, in «Tredimensioni», 2 (2008), pp. 183-196; PERCASSI, V., *Gli atteggiamenti dell'educatore di fronte a persone in formazione di altre culture*, relazione inedita, Roma, 4.12.1999.

determinado y definen la dimensión cultural. Cada persona, por tanto, crece dentro de una cultura encontrando sus propias respuestas.

Sin este trabajo de comprensión a tres niveles (naturaleza, cultura, persona), la diversidad se malinterpreta de otras tantas maneras:

- * Se corre el riesgo de aplanarse en la única vía personal, sin tener en cuenta la cultural, como si el contexto no explicara nada en absoluto («es lento porque expresa su agresividad de forma pasiva»).
- * Todo se reduce a lo cultural formulando discursos basados en «nosotros..., pero ellos...». No pocas veces, este reduccionismo es una estrategia para defenderse («Soy lento porque 'en nuestro lugar' no hay necesidad de correr») o para atacar a los demás («Es lento porque 'ellos' no quieren trabajar»).
- * Todo se considera universal («eres un egoísta, porque la lentitud es pereza»), dando por sentado que todo vale para todos, que las diferencias son límites o infidelidades, que no se permite ninguna variabilidad individual o cultural.

Anita es una joven postulante de Perú. Ayer pasó toda la tarde hasta tarde con unos amigos que la visitaron, sin avisarle previamente. Al día siguiente, la formadora le recuerda su deber de estudiar. Anita responde que, para ella y su cultura, la hospitalidad es un valor muy alto. La formadora la invita entonces a reflexionar sobre hasta qué punto esa actitud hospitalaria la ha ayudado realmente a abrirse al don de sí misma, o hasta qué punto, por el contrario, puede haber servido para satisfacer su necesidad de recibir y asegurarse afecto a costa de la perseverancia y la fidelidad al deber... Anita sigue insistiendo en que se trata de un aspecto central de su cultura al que no quiere renunciar.

*¿Qué harías después de su última afirmación?
¿Cómo continuarías su camino formativo?*

Una actitud aparentemente buena (la hospitalidad) no siempre funciona como expresión de un valor: aquí parece responder a la necesidad de Anita (de afecto y de estar bien con los demás), lo cual es contradictorio con los valores (inherentes al ser postulante ahora). Hay que distinguir siempre la actitud cultural del valor cultural. Ante la actitud externa de hospitalidad, que parece ser una expresión legítima de una cultura determinada, es esencial preguntarse: ¿cómo funciona? ¿Para qué sirve? ¿Lo que se proclama como valor cultural en esa persona lo es realmente, o sirve para gratificar una necesidad inconsciente que no es compatible con la entrega evangélica?

Diferentes posibilidades de comprensión mutua

Vivir bien la interculturalidad no es un fenómeno espontáneo; se necesitan herramientas.

Conocer suficientemente una cultura

Una Congregación se desarrolla bien cuando sus miembros se comprometen a conocer mutuamente sus respectivas culturas, considerándolas todas importantes y al mismo nivel. En particular, es fundamental que las formadoras y los formadores tengan un buen conocimiento de la cultura de procedencia de los jóvenes (directa o indirectamente a través del estudio), de su lengua o, al menos, de una lengua común.

En algunas etapas de la formación, un equipo de formadores de diferentes culturas puede ser positivo, pero la elección de formadores de la misma cultura que los jóvenes parece preferible en las fases iniciales, para reducir las complicaciones en el discernimiento vocacional⁸. En situaciones transitorias, la formadora o el formador puede por necesidad pertenecer a una cultura diferente de la de las personas a las que está formando, por ejemplo cuando faltan vocaciones locales capaces de asumir la tarea de formar.

En cuanto a la lengua, es esencial darse cuenta de las ambigüedades que surgen en ausencia de una lengua común. El primer acto de respeto a la formación es precisamente el compromiso de estudiar los idiomas. Sin embargo, no basta con traducir cada palabra, es necesario pasar de la traducción a la exploración de los significados: hay un mundo detrás de las palabras y los comportamientos.

Amar una cultura

Hay una comprensión que va más allá del lenguaje, del mismo modo que hay muchos malentendidos a pesar del lenguaje. Se necesita amor, una forma de conocimiento que intuye dónde se detiene una determinada comprensión. La otra persona se deja conocer por el amor. Se trata de una empatía particular, llamada "interpatía" por un autor (Augsburger), que hace que uno entre en una segunda cultura también afectivamente, permite entenderla y respetarla en sus puntos fuertes y en sus debilidades, como igualmente válida frente a la propia.

Saber dialogar con una cultura

En el espacio entre el conocimiento y el amor se encuentran los propios prejuicios.

El prejuicio es una opinión preconcebida obtenida no a partir del conocimiento directo, sino a partir de la opinión común o los rumores, y permanece rígida incluso ante nuevos datos cognitivos. Al ser una opinión cargada de emociones, es esencialmente una actitud afectiva.

⁸ Cfr. Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica, *Direttive sulla formazione negli Istituti religiosi* (1990), n. 47.

Suor Benedetta es una joven hermana africana en una comunidad mayoritariamente italiana. Está enfadada y dolida porque la superiora, normalmente amable y atenta con ella, ha recibido precipitadamente a un grupo de visitantes de su tierra sin dejar tiempo suficiente para sentarse, intercambiar cumplidos, ofrecer algo... El episodio le abrió los ojos al hecho de que sigue siendo un poco "extranjera" en la comunidad de hermanas. La Hna. Benedetta podría pensar que su superiora es un poco racista; la superiora, a su vez, podría reaccionar ante la agresividad de la Hna. Benedetta pensando que todas las mujeres africanas carecen del sentido del deber...

¿Cómo expresa la hospitalidad la Hna. Benedetta y cómo la expresa la superiora italiana? ¿En qué consiste exactamente el prejuicio que ha surgido en esta situación? ¿Qué ha hecho concretamente la persona para generar este prejuicio? ¿Qué experiencias o hechos concretos parecen contradecir este prejuicio?

Muchas actitudes, que pueden resumirse en la palabra etnocentrismo, condicionan las relaciones interculturales. Se trata de la tendencia más o menos consciente a juzgar a otras culturas e interpretarlas según los criterios de la propia y a proyectar en ellas nuestro propio concepto de evolución, progreso, desarrollo y bienestar. Los formadores tendrán que preguntarse dónde se sitúa su intervención formativa, entre juzgar en función de su propia posición cultural ("debes cambiar") y acoger indiscriminadamente cualquier expresión ("todo está bien"). Tres tomas de conciencia pueden ayudar a comprenderlo:

- * Los elementos de las culturas no son comportamientos y actitudes en sí mismos ya expresivos de valores, sino lugares que hay que evangelizar. La cultura no es un absoluto, no es la última palabra, está abierta a un más.
- * Los valores del Evangelio no son naturales a ninguna cultura: la novedad de la Palabra se desborda como el vino nuevo, es una gracia adicional que rompe odres viejos (por ejemplo, la castidad por el Reino no era ciertamente cultural en tiempos de Jesús, ni los niños eran abrazados y tomados como ejemplo...).
- * El Evangelio es otro respecto a las culturas y sigue siendo otro: ninguna cultura dice que hay que amar a los enemigos o sacrificarse por quienes no lo merecen.

¿Instrumentos interculturales?

¿Es intercultural, por ejemplo, exigir que todo el mundo tenga dirección espiritual o que se practique la corrección fraterna?

Los tres niveles anteriores (naturaleza, cultura, persona) pueden sugerir una respuesta:

- Los métodos interculturales son posibles precisamente por el elemento universal de la naturaleza humana: es el aspecto ontológico. La cultura no es una diversidad absoluta que hace imposible la comunicación.
- Los métodos son tanto más interculturales cuanto más abordan dinámicas fundamentales del corazón y la interioridad humanas (por ejemplo, la exigencia formativa de discernir las motivaciones de las elecciones se sitúa a un nivel diferente de la exigencia de adherirse a una determinada forma de vestir).
- No basta con encontrar herramientas interculturales: deben ser utilizadas por personas capaces de sentir empatía por otras culturas.

Ante las dificultades para comprenderse, ayuda la confianza en que se puede alcanzar el corazón y en que la diferencia cultural, tratada con las tres actitudes de conocimiento, amor y diálogo, no quita nada a la igualdad sustancial. Esta confianza puede verse minada por dos actitudes instintivas opuestas:

- * En las mayorías: dar por sentada la asimilación, conceder algunas adaptaciones de apariencia (bailes, canciones, alguna que otra comida típica...), asustarse ante la exigencia de cambio y sentir de inmediato que se ataca su propia tradición, aislar el "peligro" que representan las minorías.
- * En las minorías: asimilarse por miedo a no ser admitido, mostrarse contentos pero agruparse para defenderse, vivir la relación como complot o reivindicación o agresión, sentirse en todos los casos y siempre víctima de la discriminación, aceptar cualquier cosa con una sonrisa a la espera de la oportunidad de retomar lo que ahora es negado.

En conclusión: toda cultura está llamada a convertirse a la plenitud del Evangelio. El encuentro entre culturas hace descubrir el camino que queda por recorrer, para que todas sean superadas por la Buena Noticia. La confrontación no es sólo entre culturas, sino entre la(s) cultura(s) y el Evangelio. Poder hacerlo en casa, en nuestras Congregaciones, es un signo de testimonio todavía más urgente en una sociedad y una cultura posmoderna tan narcisista y a menudo racista.